

IN MEMORIAM: DON FAUSTO AROCENA



Creemos interpretar un sentir general entre cuantos se ocuparon y ocupan de temas de investigación histórica del País Vasco, y más concretamente de Guipúzcoa, al evocar la figura de este hombre, maestro de generaciones, cuya humildad casi se convertía en pecado.

Su competencia en el terreno de la Historia la conocemos bien quienes en múltiples ocasiones acudimos a él.

Muchos trabajos aparecidos bajo diversas rúbricas tuvieron sus fuentes en la información que proporcionó a los autores. Y mencionarle con el obligado agradecimiento casi era ofender aquella modestia que rehuía cualquier publicidad, cualquier exteriorización de su persona.

Agradezco a la Revista OARSO, que más de una vez ha acogido nuestra pluma, la oportunidad que me brinda de recordar al sincero, afable amigo que un día desapareció del panorama cultural de la Ciudad como un leve susurro.

La jubilación le arrancó de nuestro quehacer diario. Tenía la sensación de que no debía ocupar ningún lugar en esa Biblioteca y Archivo de la Diputación, ni siquiera como simple investigador, cual si su presencia quitase sitio a las nuevas generaciones. Y no hubo medio de convencerle de su obligación de permanecer en el puente, aunque la nave estuviera en manos de otro piloto.

En cierta ocasión me encontraba en la Universidad de Zaragoza con D. José M.^a Lacarra (recientemente investido Doctor «Honoris causa» de la Universidad del País Vasco) que le estimaba en su verdadero valor. Me encargó de transmitirle su queja por haberse retirado de su labor investigadora de la sede que tantos años ocupó. Su afectuoso reproche era de que nos había «traicionado» al privarnos de su presencia y al desaparecer, por su humildad, de la escena y de la acción a la que se debía. No hubo medio de convencerle. Nos repetía una y otra vez que se sentiría como un intruso. Así era de delicado.

Buena lección para la soberbia ambiente de tanto pseudo-historiador actual cuya máxima fuente de información liga a ser el periódico panfletario.

Siempre nos tuvimos por deudores suyos en estas lides y siempre le hicimos patente tal deuda.

Hoy me siento profundamente honrado al traer su recuerdo a estas páginas. En algunos trabajos en ellas publicados estaba la pequeña luz del dato perdido en los folios de viejos manuscritos que él tan bien conocía. La historia de nuestra Provincia sintió y continúa sintiendo el hueco de su ausencia.

La pasión y el fanatismo, perniciosos enemigos de la Historia, con sus novelaciones y fantasías son el polo opuesto de la meticulosa, proba, silenciosa y segura manera de trabajar suya. La objetividad no era frecuente en nuestros medios.

Su otra, a la que en tantas ocasiones hemos tenido que acudir, es un ejemplo de lo expuesto.

¡Cuántas veces incidimos en el enigma de la antigua «Oiarso»!

La nebulosa Alta Edad Media de la Provincia fue en más de una ocasión tema de nuestras conversaciones.

Nos va a ser muy difícil llenar ciertas lagunas, cosa que hubiera estado en su mano por la cantidad enorme de datos que conocía. El documento, la cita histórica, la obra perdida o rara se encontraban a su alcance. Si era preciso pasaba horas para proporcionarnos alguna claridad en cualquier consulta que se le hiciera.

Somos legión los que hallamos en la atención del verdadero maestro solución a esos problemas que los trabajos históricos nos plantean.

El momento actual factor de una historia amañada debiera volver los ojos hacia el hombre que inspiró a más de un investigador de rango nacional.

Y también quisiéramos evocar aquellas reuniones de última hora de la mañana en el Despacho de la Biblioteca Provincial, donde se establecían interesantes contactos y donde la vida intelectual tenía el remanso de unos inolvidables minutos.

Hombres, desaparecidos ya, constelaban al excelente amigo que para todos fue D. Fausto Arocena. Vuela el recuerdo enlazado en los nombres de D. Joaquín de Yrizar, D. José de Arteche, D. Bonifacio Echegaray, D. Gregorio Altube, D. José M.^a Iribarren, D. Leandro Almorza, D. José Luis Tejero y tantos más grabados en el corazón, aunque la memoria nos traicione en estos momentos.

La jubilación que pudo ser reposo no le impidió seguir su callada labor para sí, lo que fue una gran privación para los demás.

Al abandonarnos definitivamente el pasado año, trocando la vida terrena por la mansión celestial bien merecida, no se extingue su recuerdo, y su nombre y sus obras, al buscar un dato, siempre nos pondrán en diálogo con el amigo desaparecido.

Manuel Agud Querol